

# LA RUTINA

Por José Estuardo López H.

Guatemala, 02-03-2016

*A Andrea De Fátima*

*Disculpe la principiante obra que hoy le entrego.*

*Mi intención siempre fue entregarle algo digno; solo suyo.*

## PRÓLOGO

El sol saldrá como siempre, los mares se agitarán como de costumbre, los pájaros cantarán como cada mañana; y los humanos, atemorizados de la noche, de sus casas saldrán.

¿Qué más da otro amanecer? Si el pensamiento recurrente solo castiga al despierto; si la rutina castiga al trabajador; y si el aburrimiento solo sabe frustra la paz.

Si los humanos son como los granos de arena en la orilla del mar ¿Cómo adivinarles un orden o prioridad? y ¿Quién sabe el destino de alguno?; entonces, el acto de elegir un grano de arena *especial* ¿no debería ser un crimen a la razón, o una locura poco tolerable? ¿Cómo atreverse a elegir sin un *-porque sí-* en la boca? Cómo.

Mi grano de arena es una ella, sí, ¡una joven ella!

Si su belleza exterior es común como rosa de jardín; su belleza interior es compleja como orquídea de bosque extinto.

Su voz, especialista en caricias; los vellos de cualquier músico eriza.

Sus cabellos, como finos ríos de noche; ella deja caer sobre sus tibios hombros.

Sus pensamientos son como cosecha de misterioso campo fértil, en el que a veces hay flores y otras veces espinas.

Acariciadas las espinas, su cuerpo se altera sometido por la ansiedad.

Olidas las flores, sus ojos brillan como las mismas estrellas.

A mi Ella, los días en la mañana le pasan rápido, mientras que los atardeceres más el tiempo libre golpean violentamente su ánimo. Y solo la noche puede consolarle; en entera confianza.

## LA VENTANA

Entre tardes grises y noches azules, ahí, ella vivía; y como si su naturaleza fuera nocturna, sus virtudes y aficiones florecían gustosas al anochecer. Y no había mar de humanos que le diera compañía, ni río de vanidades que le ofreciera felicidad. Su mundo: Una cansada silla de metal; una pequeña mesa de madera; un florero de vidrio; un espejo; un libro sagrado; y un cuaderno y lápiz, ambos, testigos de su pensar.

Eran las cuatro de la tarde, y ella en su cuarto; confirmaba su hora favorita, pues, sentada en su silla, con las manos abrazadas sobre la mesa, miraba a través de la ventana, el sol que detrás del horizonte se escurría. Y el cielo le parecía moribundo, y a la noche no podía esperar.

La noche nunca fue algo atemorizante para ella, sino más misterioso, oculto y hermoso. Si los días eran sin sabor, rutinarios y aburridos, las noches por el contrario a ella acudían pensamientos, pensamientos que le herían antes de dormir o que le cobijaban al adormitar.

El insomnio era la prueba de las repetidas preguntas que no le dejaban descansar. Cuántas preguntas morían una noche para jamás volver, y cuantas muchas otras morían solo para resucitar una noche después.

Las lágrimas eran trofeos de una contradicción resuelta, de una batalla ganada o de una carencia aceptada con conformidad.

Húmeda de lágrimas la almohada, ella se preguntaba si la ignorancia era mejor que La verdad.

Pero no solo de lágrimas se quejaba, pues también la ansiedad le llenó de temblores, le paralizó en tantas decisiones importantes, y le detuvo en el tiempo mientras ella caminaba desprevenida.

¿Muchas preguntas son mejor que una respuesta?

Las noches siempre pasaron en sus recuerdos, más lentas que los días, y entre tanta oscuridad se hizo un ser nocturno que del día huía.

Cuántas noches pasaron sin que nadie le viera, cuántas lunas ella deseó tocar, cuánto frío acarició su piel, cuánto sufrimiento de héroe o mártir ella dejó escrito.

El cuarto que le confinaba, se volvía cada vez más como un refugio. El techo le parecía más bajo, el suelo más áspero y la ventana más grande como invitándole a salir. Pero la noche ya le amaba y no le quería soltar; ni un poco. Y enviados de La noche, visitantes nocturnos le eran compañía, a veces eran simples presencias quietas que ella temía, y en otras ocasiones eran perseverantes enemigos, contra los que ella combatía. Acabada la noche todo se repetía, la luz del amanecer, el desayuno y almuerzo en familia, y la cena antes de la aventura. Y en una reacción de devoción o locura, ella se dedicaba a añorar la oscuridad de la noche en lugar de la luz del día.

## TIERRA DE NADIE

Pensamientos germinaban, pensamientos florecían, y en sus horas de soledad les analizaba decidida. Un pensamiento de felicidad, y ella le cultivaba con esperanza; un pensamiento de sufrimiento, y ella buscaba desesperada su raíz.

Un libro de motivación siempre prometía flores eternas, pero, con el tiempo, algunas resultaban no ser más que ideas fáciles de contradecir con verdad o experiencia. Un libro de pesimismo, por el contrario, estaba lleno de verdad y también de exageradas espinas, que al alcanzar la última página, deseaba no haberle leído, y se prometía no volver a leer, a leer de nada, jamás. Entonces adolorida y apenas viva, hacía de sus pensamientos un desierto y alababa una vida sin placeres, una vida sin posesiones ni afectos. Pero su mente era terreno de nadie, y de visitantes nocturnos no se podía librar.

De una mente desierta de pensamientos; de un aromático jardín de flores, o desde un campo de espinas; ella era desterrada. Y un visitante nocturno esperaba su cita.

Un visitante nocturno, un demonio, un personaje de pesadilla estando despierto o el resultado de una obsesión, lo cierto, era algo muy real, tanto como las lágrimas de dolor que derramaba o las sonrisas de triunfo que expresaba a oscuras. Nadie entristece porque sí. En las tardes percibiendo la vaga presencia, pero cada vez más intensa de algún demonio; ella escribía con esperanza.

“No puedo entender por qué ha venido.

Y no puedo tocarle, pero él sí a mí.

Veo su sombra y siento recibir un abrazo sin motivo.

La sombra me abraza. Siento temblar.

Mis pensamientos se vuelven hostiles, contra mí.

Hay que resistir.”

La resistencia era su lucha más baja, pero el sobrevivir era prioridad.

En medio de la noche, ella ya queriendo dormir; entendía recorrer un camino; en completa soledad.

## EL DEMONIO DEL INSOMNIO

Las noches más largas eran las que no dormía. Y ella desencadenada de la necesidad humana de dormir, se disponía a la búsqueda en completa soledad.

La búsqueda nocturna se ejecutaba en desiertos de infinito recuerdo, donde la única luz que imaginaba era la débil luz de luna. Ese desierto, colmado de horizonte, rodeado de oscuridad azulada, a veces bendecido de viento frío, con tierra marrón como ladrillo de barro; ella imaginaba para darle color a ese cuarto oscuro, que era su refugio y prisión.

Despierta en altas horas de la noche, en aquel desierto, en más de una ocasión se imaginó arrodillarse para implorar perdón; rodillas en el suelo, codos enterrados en la seca tierra color marrón, las manos sosteniendo su cabeza atormentada, sus cabellos ya polvorientos. Cansada de esperar, aún inmóvil en su cama, se disponía a divagar, sin querer alcanzar el horizonte, sin querer llegar a un destino.

Una pared era suficiente, una pared que había visto días antes en otro pueblo; se imaginaba tocando en medio de la noche la textura de

aquella pared sin acabado ni pintura, escuchaba los perros ladrar en medio de la noche y los granos de tierra que bajo sus zapatos se partían.

Un árbol torcido en la pendiente de una montaña al atardecer; un perro cómodamente dormido sobre el asfalto tibio al medio día; dos conejos corriendo bajo arbustos húmedos a la luz de la luna. Su mente ocupaba. Ella sonreía anónima, en la oscuridad.

La sábana como útil herramienta, la usaba para cubrirse totalmente, y así convencerse que estaba a salvo; a salvo de desconocida amenaza.

Y al llegar la luz de la madrugada; ya no se sorprendía, y se disponía seria, al agitado día.

## EL DEMONIO DE LA ANSIEDAD

La ansiedad era sentir un vacío eterno, un abismo sin fondo, una mezcla de miedo sin motivo y un dolor sin herida.

Temblores en las piernas, terribles movimientos involuntarios en los párpados, ganas de vomitar; todos ellos síntomas de ansiedad. La ansiedad, hacía de su anfitrión un curioso títere.

¿Cómo curar a un árbol marchito cortándole las hojas secas? o,  
¿Cómo sanar una persona ansiosa sedando sus sentidos?

Sentada, esperando el final de una conversación vacía en una reunión familiar; desesperada, su cuerpo quería correr, huir y después gritar. El tiempo se estiraba y también se contraía, pues un vistazo a sus temblores, y ella hacía un silencio largo, mas un tiempo en distracción le contaba por segundos en lugar de minutos.

Pensar sin rumbo, mirando un punto fijo por largo tiempo; en la oscuridad de su cuarto, o en el más ruidoso lugar; su mente aislaba del cuerpo.

¿Cómo matar un demonio invisible y mudo?

Ella confinada en su cuerpo, decidida a luchar; la fuente de la ansiedad buscaba.

La ansiedad como preocupación, enredaba sus pensamientos como tela de araña. Un ideal contrario, entonces, interrumpía el acostumbrado flujo del juicio; un saludo desgano se convertía en un acto de hipocresía imperdonable; comprar y pagar el precio fijo, le parecía una estafa; escuchar un halago le hacía desconfiar.

Un viejo ideal roto, y la mitad de su mundo daba vuelta, y entonces, solo le quedaba aprender a vivir en su reformado mundo.

¿Cómo vivir con tanto cambio? ¿Cómo adaptarse sin sostenerse de algo bien fundamentado?

## EL DEBATE INTERNO

El debate interno era su lucha más común, y también la más irónica, porque no había demonio contra cual luchar, sino ella misma.

No toda batalla se gana; ella lo tenía claro, pero de los finales sin dignidad ella siempre se lamentaba.

Un final sin dignidad significaba acudir a una pastilla sedante, iniciar una conversación sin motivo, usar el camino más largo, o ver la televisión.

¿Un sedante es más digno que un estimulante?

A veces, cuando atardecía, acostada en la cama, paralizada, y con los ojos abiertos; en el enfermo sin cura se identificaba. Y en el sueño a voluntad entendía un sacrilegio, y otras veces una dudosa valentía.

Cansada de pensar, la realidad le era desvanecida, parte del recuerdo le era doloroso, y la conciencia en aquellos momentos significaba una lucha obligatoria. Solo dormir le calmaba.

El debate interno como lucha solitaria; el amor y el odio por sí misma.

Resolver los pensamientos contradictorios era corregir sus propias venas. La incesable lucha, la interminable corrección de sus propias venas, terminó por cansarle, y temió la frustración absoluta. Pero rotas sus ilusiones de un acuerdo entre sus ideales, se detuvo por un momento; y decidió huir.

## LA CAMINATA

Ella tocando la puerta de su cuarto, queriendo salir, creyó ver que la puerta se abría sola. No era más que la destreza por costumbre, y el apuro de salir de su refugio; al fin.

Las nueve de la noche y ella salía sin prepararse.

La puerta de la calle no le denunció con ruido, o tal vez ella se encontraba demasiado fuera de sí para oír. Lo cierto, es que nadie de su familia le escuchó salir, pues, esperó aún entre la puerta ya cerrada y el mundo oscuro apenas iluminado que tenía en frente; nada le detuvo entonces, y corrió.

Un centenario bosque de cipreses le esperaba, y el recuerdo de aquel lugar vacío de humanos le animó a seguir caminando en medio de la noche. Y no temió castigo futuro de nadie, porque en sus amargos planes, ya no habría un castigo más.

Caminando en la última calle iluminada, tropezando sin caer; de la última luz artificial se desprendió. Y con la vista adaptada a la luz de luna; su paso apresuró más.

La oscuridad de la noche al fin empezó a abrazarle en serio, y con el rostro iluminado con luz de luna, y con el cabello y la espalda cubierta de oscuridad, ¡Sintió un velo digno, que su rostro santo reconocía!

Al ver el camino de tierra seca, sintió ver un feliz recuerdo de su niñez, pues, con los árboles tan cubiertos de oscuridad, los detalles se desvanecían para dar un protagonismo tan acostumbrado en su niñez. Y con cada paso que se alejaba del amontonado pueblo, una sonrisa más grande florecía en su indefinido rostro. Y los árboles lejanos parecían haber sido pintados con acuarela negra, y los árboles cercanos parecían hacer dos filas que escoltaban su caminata. Cuánta paz le llenó, y ahora, convertida toda ella en un templo, dudó seguir caminando.

Detenida en su camino, notó que se encontraba parada en el fondo de un camino como zanja, que humanos y agua de lluvia usaban por igual. En ese lugar, vio algunas raíces que de las paredes de tierra salían. El olor a tierra húmeda, ella agradeció, y una raíz fría y mojada de un árbol tocó, como al dedo de un bebé dormido o como a la nariz húmeda de un cachorro de perro.

El tiempo parecía no tener rencor, pues la noche, aún joven parecía eterna.

La oscuridad y la humedad de aquel camino como zanja, le permitió pensar como con ojos cerrados, cuánto perdía si se marchaba definitiva; y sufrió. Abrazadas las piernas con sus manos, recostada su cabeza en una pared de tierra; los recuerdos dolorosos de aquella prisión, que era su cuarto, aborreció; recordó cuando los bosques le llamaban mientras estaba bajo las sábanas; ellos llamaban con susurros mientras caminaba; y le despertaban del más profundo y pacífico sueño con aplausos lejanos de hojas húmedas mecidas por el viento.

Y el peso del mundo triunfó, triunfó sobre los hombros del débil humano. La razón humillada bajo la pesada consciencia de una pregunta sin contestar, de una vital respuesta sin encontrar.

¿Por qué seguir...?

Ya no había tesoro sin profanar; ciencia y moral, todos llevados por

una corriente de duda y banalidad.

La ciencia no era más que una herramienta, en manos de malvados sabios o benignos ignorantes. La moral no era más que una insegura apuesta con la sociedad.

Perturbada de nuevo, aun recostada en la tierra; apretó los puños, y decidió caminar, a su amado bosque de cipreses sabios.

## EL ASCENSO

Estar triste también cansa. Media hora de camino y sentía sus pies no poder más, un par de minutos después de apresurada caminata anticipada al cansancio; cayó rendida sobre las plantas mojadas, bajo las discontinuas sombras que los frondosos árboles proyectaban.

Despierta con los ojos medio cerrados, se enteró que un bosque le rodeaba, y que el rocío había besado su espalda.

La hora era incierta, la luna era tan brillante como recién despierta; pero el apenas visible cielo limpio, el aire fresco, y el silencio, confesaban media noche.

Cuantas veces se prometió dormir despreocupada. Cuantos minutos se gastó en planes de escape. Cuánto conocimiento acumulado para la nada.

Un profundo suspiro le reveló que siempre había buscado en vano un lugar y una hora, mas nunca la hubo.

Guardados unos minutos de silencio, forzó sus rodillas y se levantó decidida; de nuevo.

## LA REUNIÓN

Continuada la caminata, media hora después, pudo ver el ansiado bosque de cipreses que la cima de la montaña coronaba.

Un paso, y el suelo quebradizo se lo negaba, un intento más con los zapatos hundidos bajo la tierra, y avanzaba.

Tan cerca de la cima, temió como a una muerte decretada. Dos pasos más y sentía alcanzar el suelo plano. Dos pasos más que su cuerpo aterrado, a sabiendas de sus planes, se los negaba.

Arrodillada entonces, cayó acostada sobre su costado. Y plantas secas, tallos finos y dorados, le rodearon como cabellos erizados; y algunos granos de tierra le aruñaron el brazo. Encogida de ansiedad, su cuerpo inmóvil en rebeldía, su voluntad ebria de agonía; ella se rindió.

La rendición consistía en quedar semidormida, esperando la misericordia de sus amados árboles. Los recuerdos de esos árboles siempre le sostuvieron. Ahora ellos junto a ella, su sombra sentía alcanzar. La reunión final.

Tan cercano el bosque de cipreses; ahora ese ejercito le consolaba con su fragancia celestial. La luna, toda descubierta; los cipreses hacía ver santos, pues un aura blanca destellaba de aquellos gigantes de la montaña. Viento corría obligado sobre la montaña, y alcanzando los cipreses, los silenciosos gigantes resistían a inclinarse.

Segundo a segundo, el corazón de ella, latía como acercándose al final, un final inmenso pero indefinido, un final hermoso pero anónimo.

Quieta aún, entre las plantas como cabellos; su desconsuelo se diluía en aire fresco. Y lloró aliviada.

Los santos cipreses, sabios por los años, enraizados a lo íntimo de la montaña; le bendijeron.

Aún acostada, asombrada pero inmóvil, confundida pero agradecida, ignorante pero creyente; se entregaba completa, para volver a la vida.

## LA RECONCILIACIÓN

Ella ya calmada; sentada sobre su nido formado de tallos secos, con las manos tocando el suelo, viendo la silueta oscura de una montaña vecina; se sumergió en agradecimiento.

¡Tanto aire fresco, al fin! Echando los hombros atrás, aspiró el aire frío, y lo exhaló reconfortada.

La luna brillaba solo para ella, y una capa de fino rocío le besó la piel, mientras miraba asombrada. Y sonrió.

Con la piel erizada de placer por el frío, extrañó sus sábanas que ignoraba cuando lloraba.

Sintiéndose amada por su entorno, comprendió que nadie podía contradecir lo que sentía.

El pueblo seguía ahí, dormido. Y ahora con voluntad renovada; decidió esperar el amanecer, en alegre velada.

La orquesta se despertaba; pájaros cantaban; el final de la oscura noche se acercaba. Y una neblina cubrió los senderos entre las montañas, para amplificar el sonido de aquella alabanza. El cielo

cambiaba de colores, azul oscuro, celeste, ¡destellos de amarillo! Un destello de luz ya le alcanzaba, y sintió ser iluminada por mucho más que luz matinal.

En sus cabellos ella notaba, pequeñas gotas de rocío, que se aferraban en algunos de sus cabellos; y en grata sorpresa, sonrió de nuevo, y decidió dejárselas.

El cielo ahora despejado, parecía sonreír enamorado.

Entonces con el camino ya iluminado; ella se levanto firme; y abrazando el rustico tronco de un ciprés, en señal de despedida; ella se alejó caminando en paz, con dirección a casa.

**FIN.**